

## Construcciones de la infancia y adolescencia

**Laura MARTÍNEZ ALAMILLO**

Universidad Complutense de Madrid

lauramar@pdi.ucm.es

JOCILES, M. I.; FRANZÉ, A.; POVEDA, D. 2011 (Eds.). *Etnografías de la infancia y de la adolescencia*. Madrid: Catarata.

### **1. La necesidad de dar voz a los jóvenes**

Diferentes autores que enmarcan explícitamente su trabajo dentro de los denominados “estudios de la infancia” han enfatizado la responsabilidad de la propia acción investigadora en “dar voz” y hacer visible la perspectiva de los participantes, sin imponer la agenda o el punto de vista del analista o de un marco socio-teórico ajeno a la vida de los niños y adolescentes investigados (Jociles, Franzé y Poveda, 2011: 24).

Los infantes y adolescentes pertenecen a esos colectivos a los que la antropología se esfuerza por dar voz. Habrá quien alegue que es necesario dar voz a los jóvenes porque son especialmente vulnerables, y no tienen voz propia. Yo no estaría de acuerdo con esa afirmación. Pienso que tienen voz propia y que nuestra tarea es amplificar sus palabras, para que las escuchen los expertos que condicionan su vida sin preguntarles antes qué quieren o necesitan. La importancia de esta tarea proviene de reconocer su dignidad, de insistir en que son personas con derecho a que su opinión sea tenida en cuenta.

Las vidas de los y las infantes y adolescentes son objeto de regulación, pese a que no se les reconoce como ciudadanos con derecho a voto. La ley legitima estas regulaciones —obliga a su escolarización, prohíbe que fumen, que conduzcan, que se casen, etc.— porque les considera seres vulnerables e inacabados. Este libro, *Etnografías de la infancia y de la adolescencia*, plantea que es la propia ley de los adultos la que los describe como tal y así legitima intervenir sobre su socialización.

La complejidad con este colectivo —definido de una manera relativamente arbitraria a nivel de derechos humanos como aquél integrado por personas menores de 18 años— es que su condición es transitoria. Hay colectivos que han desarrollado y desarrollan un trabajo infatigable por defender sus derechos —mujeres; grupos de personas con distintas enfermedades; colectivos LGTB, “minorías” culturales, racializadas o etnificadas, etc.—, estas luchas se organizan en el tiempo, y sus miembros pueden contribuir con implicaciones a lo largo de toda la vida e incluso de generación en generación. La complejidad de reivindicar la voz o los derechos de los jóvenes es que su condición se “cura” con el tiempo. De ahí, la importancia de capturar y legitimar las preocupaciones de ese momento vital antes de que sean reinterpretadas desde una perspectiva adulta.

## 2. La relevancia de “Etnografías de la infancia y de la adolescencia”

Su significación deriva precisamente de la necesidad de amplificar lo que es importante para distintos grupos de jóvenes. Se trata de una obra editada por María Isabel Jociles, Adela Franzé y David Poveda, en la que reúnen para el público textos de Begoña Leyra Fatuo: “Aproximaciones antropológicas a la infancia trabajadora: reconstruyendo los mitos y analizando los vacíos de una compleja relación”; María Jesús Sánchez Hernández: “Tras los pasos de Peter Pan: cuando crecer es el problema”; Andrea Szulc: “Esas no son cosas de chicos”: disputas en torno a la niñez mapuche en el Neuquén”; Teresa González Gil: “Dando voz a los niños en la investigación en cuidados de salud: una estrategia”; Beatriz Ballestín: “Los niños de la inmigración en la escuela primaria: identidades y dinámicas de des/vinculación escolar, entre el ‘colour blindness’ y los esencialismos culturalistas”; Sara Sama: “¿‘Crianças para ‘brincar’ y ‘moças’ para ‘namorar’? Sobre el paso de la niñez a la mocedad entre los vendedores ambulantes ‘ciganos’ de ‘Cidade Velha’”; Gema Campos: “¿Cómo se percibe a la infancia protegida? De la normalización a la institucionalización”; David Poveda: “La reproducción interpretativa del conflicto interétnico en un grupo de iguales gitano”; Graciela Batallán: “Comentarios desde la antropología: ambigüedades entre el trasfondo relativista de la disciplina y los derechos universales”; y Amparo Moreno: “Comentarios desde la psicología evolutiva”.

Los editores abren la obra con una sólida exposición acerca de la evolución del estudio de la infancia y la adolescencia: “El estudio etnográfico de la infancia y de la adolescencia: posibilidades y retos”. Le siguen ocho capítulos que ponen de manifiesto lo que se puede conseguir, tanto a nivel teórico como metodológico, con una buena etnografía. La cierran dos capítulos de reflexión acerca de las aportaciones tanto desde una perspectiva antropológica como desde la psicología evolutiva. De hecho, el capítulo final es, sin duda, un broche importante a un libro muy logrado, al ofrecer un puente entre disciplinas, que pone en valor desde la psicología evolutiva las aportaciones de la obra, a la vez que trata de deshacer los malentendidos que desde nuestra disciplina corremos el riesgo de propagar sobre la suya.

Es imposible plasmar aquí la multitud de aspectos de interés, planteados a lo largo de los once capítulos, incluyendo la introducción, de modo que me limitaré a dos cuestiones fundamentales: (1) la llamada de atención hacia los efectos negativos que pueden tener políticas conducentes a universalizar una infancia “normal”, que en realidad es una idea de la infancia propia de algunos segmentos de población de países occidentales; y (2) los aportes de las herramientas etnográficas propias de la antropología.

## 3. Una infancia “normalizada” y “universalizada”

El texto de María Jesús Sánchez es un claro ejemplo de cómo la infancia/juventud es construida por sistemas de expertos. En este caso desde la disciplina médica, que la caracteriza como hecho biológico y universal, estandarizable, con pretensión universal.

La intervención de los clínicos, amparada por la ley de protección de menores y apoyada en los criterios de estandarización antropométrica de la medicina de

adolescentes, da prioridad al uso del cuerpo como mero receptor pasivo de sus prácticas sin necesidad de negociar las condiciones del tratamiento (Jociles, Franzé y Poveda, 2011: 77).

Esta serie de etnografías invitan a preguntarse ¿qué modelo de infancia se está universalizando? Descubrimos que hay muchas infancias, como la mapuche —Szulc—, e incluso la de los chicos gitanos —Sama, Poveda—, que participan en el espacio adulto, aun cuando no sean considerados iguales. Esta manera de incluir la infancia en la vida social fomenta una conducta autónoma y responsable hacia el grupo de origen. Szulc y Sama también visibilizan cómo se construye el género en estos grupos, en la medida en la que se concentra sobre las chicas la responsabilidad de la reproducción del grupo.

Conocemos también las infancias/adolescencias que están separadas del mundo adulto, aunque controladas por él: la infancia a la que se pretende alejar del entorno laboral para recluirla en la escuela —Leyra—; la encerrada en un dispositivo hospitalario donde se controla hasta su última rutina por su propio bien —Sánchez—; la mantenida en centros de protección sólo hasta cumplir los 18 años, para luego hacer su vida, aunque no haya aprendido lo necesario para lograr una correcta inserción socio-laboral —Campos—; la obligada a estar físicamente en centros escolares, se sientan o no parte de ellos —Ballestín—, etc.

Evidentemente los profesionales que trabajan con menores se preocupan por su bienestar: los clínicos quieren evitar la muerte por inanición de las y los jóvenes anoréxicas y anoréxicos, las agencias de protección de la infancia se proponen evitar su explotación laboral, los educadores en los centros de protección procuran darles herramientas para que sean adultos competentes, o los profesores desean que los niños aprendan y se integren en la sociedad de acogida. Sin embargo, parece que surge un problema, cuando actúan sobre ellos sin solicitar su consentimiento.

#### **4. La etnografía sirve para devolver la voz a los niños**

Los editores plantean la legitimidad científica de sustituir el paradigma de una ciencia que no trabaja con los niños, sino sobre ellos, por un nuevo modelo. El punto de partida desde el cual se erige el nuevo paradigma, y se señala la imperiosa necesidad de restituir la “voz” anteriormente negada a la niñez, procede de la constatación de que ésta no ha constituido un foco de interés “en sí misma”, ni ha sido objeto de análisis “en sus propios términos”, según sus formas de expresión, acción, visión y comprensión de sus mundos sociales, a consecuencia de una estructura hegemónica de pensamiento cuyos principios y conceptos rectores, se argumenta, es preciso deconstruir para reorientar la aproximación a esta categoría social (Jociles, Franzé y Poveda, 2011: 11).

Este nuevo paradigma exige nuevas aproximaciones metodológicas y Franzé, Jociles y Poveda proponen que la antropología, disciplina acostumbrada a trabajar con “otros”, está especialmente provista para plantear y afrontar el reto de deconstruir esa idea de que la infancia/ adolescencia sea un hecho natural y universal. La atención a la diversidad y la importancia, otorgada por la disciplina, a los contextos particulares en el estudio de la infancia tornaron extremadamente problemática la

asunción de la universalidad de la progresión de la niñez a la adultez, al considerar la multiplicidad evidenciada desde una aproximación transcultural (Jociles, Franzé y Poveda, 2011: 20).

En este libro aparecen las potencialidades de las técnicas etnográficas: como señala Batallán, una inmersión prolongada permite acercarse a las categorías de los actores, no sólo por observar y participar de su día a día, sino porque, además, posibilita establecer relaciones de confianza que dan veracidad científica a los datos recogidos. Además, como subraya Moreno, da lugar a la posibilidad de negociar los significados desde su propia experiencia vital, de modo que “sus preocupaciones o necesidades no se ven supeditadas enteramente a los fines de la ciencia en abstracto o a las preocupaciones sociales adultas” (Jociles, Franzé y Poveda, 2011: 265).

Respecto al modo de exponer los resultados, también cabe decir que la descripción de prácticas contextualizadas tiene la ventaja de que, en palabras de Batallán, permite ver o imaginar aspectos de la realidad cotidiana y el modo en que es definida por los propios protagonistas, o, expresado por Moreno: “Niños, niñas, adolescentes vuelven a encontrarse dentro de su propia piel, de sus relaciones sociales, su entorno inmediato, de un mundo con historia y fuerzas económicas y políticas. Una psicóloga evolutiva lo que ve en estas páginas es una historia en la que los personajes se animan, es decir, cobran alma” (Jociles, Franzé y Poveda, 2011: 264).

De este modo, la metodología y el modo característico de exposición de las ciencias cualitativas permiten mostrar a los infantes/adolescentes no en tanto seres vulnerables que han de ser protegidos, sino como agentes que negocian significados y prácticas sociales.

Queda abierta la cuestión de si emplear metodologías específicas al investigar con infancia/adolescencia. González y Batallán dan a entender que sí, debido a las asimetrías adulto-niño. En cambio, los demás autores parecen no dar mayor relevancia al hecho de que una parte de las poblaciones con las que trabajan sean niños. Fatou, Sánchez, Szulc, Ballestín, Sama y Poveda recurren a las habituales entrevistas, grabaciones y observaciones —lo cual no significa que no realicen adaptaciones en función de su contexto, igual que se efectúan con cada nuevo contexto—.

Las adaptaciones propuestas por González para trabajar con niños —marionetas, dibujos, modificación de la forma de pasar una encuesta para hacerla más comprensible para el niño e incluso replanteable en sus propios términos— posiblemente sean muy pertinentes en los casos en los que no resulte factible realizar observaciones regulares. Lo mostrado por los demás artículos es que la observación participante permite que el investigador conozca sus preocupaciones, y que establezca una relación de confianza entre los infantes/adolescentes y el investigador que facilite la entrevista. Además, la inmersión en su cotidianidad aporta precisamente que se expresen en sus propios términos, desde lo concreto, según dice Moreno. El estudio desde lo concreto pone de manifiesto el dominio que tienen cuestiones complejas que afectan a su vida, por ejemplo, relaciones de poder entre grupos, como el racismo que impregna la vida vecinal de los niños gitanos, de quienes habla Poveda.

Para mantener una cierta coherencia, en el texto no se escucha sólo a los jóvenes, lo cual supondría reproducir el sesgo cultural que consiste en separarles de los

espacios propios de los adultos. De ahí, la importancia de plasmar las construcciones que elaboran los adultos que trabajan cotidianamente con niños/adolescentes. Es importante conocerlas porque son responsables de poner en juego categorías que afectan a la organización social de los niños/adolescentes —como en el caso de los colegios que describe Ballestín—; diseñan los tratamientos para “normalizarlos” —Sánchez— y las políticas públicas que regulan sus posibilidades laborales —Leyra—; que se encuentran atrapados en un sistema de cuyas injusticias son conscientes y ante el que ensayan distintas soluciones, aunque no esté en su mano modificar lo que realmente creen que falla en el sistema —que es la situación de los trabajadores del hogar de menores de Campos—; o que negocian entre sí el estatus de sus niños/jóvenes como adultas o niñas —Sama—.

### 5. Los asuntos pendientes

Los textos recogidos dan pie a formularse preguntas fundamentales para el desarrollo futuro de una antropología de la infancia y de la adolescencia.

Una de las más importantes tiene que ver con la posibilidad de llevar a cabo estudios de tipo etnográfico con menores de edad en el ámbito institucional: las instituciones que se encargan de los menores pueden impedir que se investigue en ellas alegando el interés superior de los menores a su cargo —su derecho a la privacidad—, aunque eso signifique ir en contra de su derecho a expresarse en asuntos que les conciernen.

A los antropólogos nos queda por delante la ardua tarea de establecer relaciones de confianza y colaboración con otros sistemas de expertos, para que nuestras investigaciones puedan tener un mayor efecto. Este camino ya ha empezado a andarse, como muestra el haber dado voz a una psicóloga evolutiva, permitiendo que conozca nuestros puntos fuertes y señale aquéllos en los que cree que debemos seguir trabajando.

Otros puentes que tender tienen que ver con los adultos profesionales —o familiares— que comparten el día a día de los jóvenes, cuyas prácticas nos interesan y a veces ponemos en duda, especialmente cuando estudiamos en contextos sociales a los que pertenecemos. Habrá que seguir desvelando de qué modo ellos también pueden estar atrapados en entramados sobre los que no tienen control y de qué forma esa situación fomenta que las estructuras que intervienen sobre las vidas de los menores de edad sigan sin tener en cuenta su voz.

Sin duda, “*Etnografías de la infancia y la adolescencia*”, tanto por su contenido como por sus formas, es una contribución a la antropología ibérica de la infancia y la adolescencia que marca un camino donde aún queda mucho por recorrer.